

lista, índice del enfeudamiento al extranjero de una de las piezas de la economía española más esenciales y más ligadas a la soberanía nacional.

Poco después de 1908 se inicia, además, la época de mayor auge y prosperidad del Norte, que culmina en los años más recientes. Tanto en el aspecto técnico, de extensión de la red que explota, perfección de sus instalaciones, obras y material y calidad del servicio prestado, como en el aspecto social, de situación de su personal e instituciones de previsión y beneficencia de todo orden, y en el económico-financiero, de progreso de sus ingresos y beneficios y alta estimación de sus valores, la Compañía del Norte conoce su período más feliz bajo la gestión de D. Félix Boix. Y ello a pesar de que, con Boix al timón, el Norte ha de arrostrar el temporal de la guerra europea, que, imprimiendo una febril actividad a toda la producción y el comercio nacionales, y cortando a la vez la navegación de cabotaje, puso, como es sabido, a nuestros ferrocarriles, y muy singularmente al Norte, en trance de muerte por congestión; y ha de arrostrar también las tormentas sociales de 1912 y 1917 y las perturbaciones económicas de la postguerra, y, en época más reciente, la agudización de las pugnas sociales y la competencia de los transportes por carretera, francotiradores descargados de las rígidas trabas ordenancistas y fiscales que abrumaban al ferrocarril.

De todas estas duras luchas, la inteligencia luminosa y profunda y la serena energía de D. Félix Boix hacen salir al Norte victorioso; y no creo ofuscación de la admiración, el respeto y el afecto que su recuerdo me inspiran, ni olvido de los méritos de sus colaboradores, el afirmar que ese período de pujanza y prosperidad del Norte máximas, en su historia de tres cuartos de siglo, han sido, ante todo, la obra personalísima de D. Félix Boix. Empresa de sus amores el Norte, la preocupación de sus asuntos y el nombre de sus más entrañables colaboradores en él, Olanda, Fontao y Grasset, han estado en su mente y en sus labios hasta en los instantes dolorosos en que su espíritu se debatía en las angustias precursoras del tránsito supremo.

Pero la actuación profesional y ferroviaria de don Félix Boix no se ha limitado al Norte, con ser en él tan amplia. El magno problema, aún en gestación, de la ordenación del sistema ferroviario español lleva

la aportación valiosísima de los trabajos de D. Félix Boix en el Consejo Superior de Ferrocarriles, y, directa o indirectamente, en cuantas Comisiones y Asambleas se han ocupado de él de modo autorizado. La sabiduría, el tacto y la prudencia que puso en tan trascendentales negociaciones, por fuerza han de tener en todos los gestores de ellas una feliz fuerza de ejemplaridad.

Era también D. Félix Boix miembro de la Comisión permanente de la Asociación internacional de los Congresos de Ferrocarriles, como personalidad internacional destacadísima en el mundo del ferrocarril.

De su personalidad en el campo de las Bellas Artes nada he de decir, pues el acierto de la REVISTA de reproducir la autorizada semblanza trazada por el señor Menéndez Pidal, con ocasión del ingreso de don Félix Boix en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, me dispensa, por fortuna, de ello.

Si quiero destacar el hecho de que las personalidades poderosas y ágiles, como la de D. Félix Boix, como la de D. José Echegaray, cuyo centenario celebrábamos ayer en estas mismas columnas, que logran, sin merma de la profundidad de sus conocimientos ni de la fecundidad de su labor, alzarse sobre la limitada actuación de especialista en que ha de encerrarse para dar fruto el profesional de filas, alcanzan con ello, no tan sólo una más amplia expansión de su obra y un más bello sentido de la vida —la visión integral semidivina de las cosas, de que habla Goethe—, sino, además, a dar un sello de genial y fértil humanidad a todas y cada una de sus obras concretas. Y ese sello genial, que el Sr. Menéndez Pidal advierte en la obra artística de Boix, "espíritu práctico, lógico e investigador, que, amando las artes en alto grado, desea siempre hacer labor fecunda en su beneficio", lo hemos admirado también en su labor de ingeniero, potenciada y hecha más fecunda por su fina sensibilidad de artista y su indulgente sentido humano.

Don Félix —séame permitida la denominación respetuosa e íntima a la vez con que vivirá siempre en el recuerdo de todos los suyos— ha muerto, tras una bella y fértil vida, con la serena entereza del espíritu superior y del buen cristiano.

Descanse en paz, y hagámosle los suyos, como cantó el poeta y él hubiera querido, un dúo de labores y esperanzas.

Federico REPARAZ

La personalidad de Don Félix Boix en Arte

Semblanza, por D. Luis Menéndez Pidal, con ocasión de la recepción del Sr. Boix en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La febril actividad desarrollada por D. Félix Boix en los primeros años del ejercicio de su profesión aún le dejaba tiempo para consagrarse a los estudios relacionados con las Bellas Artes, y para satisfacer ese natural deseo, propio de los que las estiman, de rodearse de sus producciones y vivir en contacto suyo, deleitándose así en el pleno goce de sus bellezas, pues, quien verdaderamente ama, no se contenta sino

con la total posesión del objeto amado. He aquí por qué, en aquellos años antes de mediar su vida, comienza a formar las colecciones que hoy posee, haciendo serio estudio de las especialidades que abarcaban, siguiendo un régimen de depurada selección.

Bajo método tan severo, y con propósito de constituir las principalmente por ejemplares del arte patrio, reúne sus valiosas agrupaciones de cuadros españoles y dibujos de todas épocas y escuelas; de libros de arte y de libros y encuadernaciones españoles; de estampas producidas en España y de loza de las antiguas fábricas de Talavera y Alcora. Todas

ellas son, ciertamente, interesantes, como fruto de espíritu tan inteligente y selecto; pero las de valor más positivo son la de dibujos y la de loza talaverana, por las que sintió predilección y a las que dedicó más cuidadosos estudios.

Son, en muchos casos, los dibujos de arte meros embriones de ideas en gestación, y aunque otras veces constituyen obras completas, siempre están encarnadas en medios de expresión muy *limitados*, como son los simples trazos de una pluma o un lápiz, o las leves aguadas de un pincel. Esto hace que exija muy sutil inteligencia y refinado sentimiento el goce de sus bellezas y el atisbo de la personalidad de su autor, y que, escaseando, por tales motivos, los aficionados a esta clase de obras artísticas, sea sumamente estimable la labor de una inteligencia como la del Sr. Boix, aplicada a materia de tanta importancia como difícil comprensión.

Su colección de dibujos es un vasto y escogido conjunto de interesantes originales de muchos artistas y diferentes escuelas, de entre los cuales su ojo experto, con criterio razonador, arrancó no pocos al anónimo en que estaban perdidos; algunos de tanta importancia como aquel de Van der Weyden, que llegó a sus manos atribuido erróneamente a Alonso Cano; los de Van Ostade, Mazo, Van Dyck, Veronés, Greco y, por no citar más, el muy notable de Claudio Coello, precioso e interesantísimo estudio de dos personajes para el lienzo de la Sagrada Forma, de El Escorial, uno de los cuales es el retrato del Duque de Medinaceli.

Si estas nuevas atribuciones que el severo juicio de Boix ha conseguido representar adquisiciones verdaderas para la historia del Arte, también son de gran interés ciertos importantes núcleos de dibujos que posee, entre los cuales destaca aquel del malogrado pintor del pasado siglo Leonardo Alenza, que constituye indudablemente su principal producción, tanto por el número, al lado de sus escasas obras pictóricas, cuanto por ser viva expresión de las más pintorescas escenas de su tiempo y dejar traslucir mejor su temperamento y personalidad.

La colección de lozas de Talavera tiene aún mayor importancia que la de dibujos, pues ha sido formada con el propósito, plenamente logrado, de obtener un conjunto de ejemplares escrupulosamente seleccionados, que dieran idea completa de las influencias que sufrió la cerámica talaverana desde el siglo XVI al XVIII, y fueran muestra de las muy variadas decoraciones empleadas en sus alfares. Las piezas que la constituyen, en su mayoría poco frecuentes, y en algunos casos únicas, sorprenden por su gran variedad y riqueza decorativa, cualidades que contrastan con las de monotonía y de tosquedad que el concepto vulgar atribuye a esta cerámica.

Además de piezas escogidas entre las que ostentan la clásica y más conocida decoración del siglo XVII, figuran en la colección algunas del siglo XVI, de coloraciones tan brillantes y especiales, que semejan esmaltes sobre metal; orzas en las que se acusan influencias italianas; salvillas con grutescos inspirados indudablemente en los de Urbino, y platos que recuerdan los amatorios italianos. No faltan en la colección ejemplares en que domina la reproducción de encajes españoles, ni aquellos en que se manifiestan influencias del Extremo Oriente a través de las lozas

de Delft, conocidas seguramente por los alfareros de Talavera.

El espíritu eminentemente culto e indagador de Boix, y la penetrante perspicacia adquirida durante la formación de estas colecciones, le hicieron ahondar en los estudios con ellas relacionados y ejercitarse en otras actividades: ya dando a conocer algún ignorado artista u organizando Exposiciones de arte, ya pronunciando conferencias o escribiendo documentadas monografías, que aportan nuevos datos para la historia de ciertas obras artísticas.

Solamente con aquella perspicacia que acabamos de mencionar, pudo Boix considerar como obras interesantes para sus colecciones las de un pintor de mediados del siglo XIX, Francisco Lameyer, casi en absoluto desconocido, a pesar de ser merecedor de aprecio, no sólo como pintor, sino como dibujante y como grabador, dentro de la tendencia romántica de su época. Conocedor, por esta causa, de casi toda su producción artística, y habiendo adquirido gran parte de ella y muy completos datos biográficos suyos, publica Boix, en 1919, una interesante monografía, que añade un nombre más a la de los artistas del pasado siglo. Hasta entonces, según en ella comprueba, el nombre de Lameyer sólo se encuentra citado por Ossorio y Bernard en su conocida *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, pues no se le menciona en ningún otro escrito anterior ni posterior, ni aun en el prólogo al Catálogo de la Exposición de Pinturas del siglo XIX, celebrada en Madrid en 1913, a pesar de que en ella figuraban tres de sus dibujos. Boix, pues, puede decirse que le descubre y, con el estudio que hace de sus obras, le liberta del caprichoso e injusto calificativo de simple imitador de Alenza, consiguiendo para él la consideración que merece su memoria, y dejando bien discernidas sus variadas producciones pictóricas, clasificados sus dibujos por asuntos y procedimientos de ejecución, enumeradas todas las publicaciones en las cuales colaboró el lápiz exaltado y expresivo de Lameyer, por los años de 1841 a 1847, y examinadas técnicamente las aguafuertes que produjo, desde la primera, grabada en 1846, hasta las últimas, tiradas por el editor Cadart, en París.

Una nueva actividad despliega Boix en el año 1922, como miembro de la Junta directiva en la Sociedad Española de Amigos del Arte: la de organizar una Exposición de dibujos, muy en armonía con el principal fin de tan benemérita agrupación, cual es el de difundir el buen gusto y el amor a las artes, por medio de constantes y exquisitas exhibiciones de sus mejores obras.

La empresa ofrecía serias dificultades en este caso, por ser, según apuntado queda, reducido el número de los que pueden saborear aquellas especiales obras artísticas, por no estar aún extendida la costumbre de ofrecerlas al público como único objeto de una Exposición, y por ser pequeños los locales de que disponía la Sociedad para contener un conjunto general de todas las épocas. Pero Boix, con clara comprensión del problema y conocimiento pleno de la materia, limitó la Exposición a aquel período comprendido desde mediados del siglo XVIII al año 1860, que por estar aún cercano y ser, por esta causa, más conocido, podía interesar a la masa general del público; período que tenía, además, la ventaja de abarcar la obra de los Tiepolo, bastante extendida

y admirada en España, y la genial y muy popular del coloso Goya, suficientes ambas, por sí solas, para despertar el interés de inteligentes y profanos.

De la gran importancia que ha tenido esta Exposición, queda cabal prueba en el Catálogo general e ilustrado de ella, también obra notable de Boix, en cuya erudita introducción, después de clasificar los diversos géneros de dibujos hechos con fin artístico, y trazar una muy documentada historia de las colecciones y coleccionistas de Europa, y especialmente de España, en todas las épocas, estudia técnicamente los dibujos expuestos y hace rápidas y vivientes biografías de sus autores.

Parecía que la actividad de Boix, en orden a esta Exposición de dibujos, quedaba agotada después de labor tan intensa en su organización y tan concienzuda en la redacción de su Catálogo; pero vemos con admiración que aún le quedan reservas cuando, al público requerimiento hecho por nuestro sabio compañero el Sr. Tormo, accede a exponer sus bien cimentados conocimientos en tan especial materia a la escogida concurrencia que diariamente llenaba las salas de la Exposición, deseosa de gustar el valor de tan exquisitas obras de arte.

Esta serie de conferencias, de las cuales, por desgracia, sólo se imprimió la referente a los dibujos de Goya, tiene, ciertamente, un valor duradero. En ellas no se limitó, como él mismo advertía en la primera, al examen y descripción de los dibujos, sino que, tratando de hacer apreciar el estado de las artes en la época en que fueron producidos, y la influencia que en ellos ejercieron el ambiente y las circunstancias que rodearon a sus autores, fué, en el curso de sus lecciones, a través de curiosos datos biográficos y observaciones surgidas al estudiar los dibujos expuestos, dejando entrever cómo se esforzaron los primeros Borbones en reintegrar las artes al esplendor que alcanzaran con la dinastía austriaca, impulsando las obras del Palacio nuevo, trayendo para su decoración artistas extranjeros que sirvieran de modelo y estímulo a los nuestros, y constituyendo esta Academia, a fin de promover y alentar los estudios artísticos; cómo estos afanes quedaron, si no valdíos, poco eficaces, y efímera aquella, en apariencia, decisiva influencia alcanzada momentáneamente por Mengs sobre la mayoría de los pintores españoles; cómo esta influencia pasa, atenuada, a ser ejercida después por Tiepolo, y al fin, avasalladora, a poder de nuestro genial Goya, porque él sólo era quien providencialmente estaba destinado a despertar, conducir y levantar, no sólo el arte español de su tiempo, sino el arte mundial contemporáneo.

Tan intensa labor realizada por Boix le constituyó en una de las más relevantes figuras entre las de los amantes de las artes, y le abrió las puertas de muchos Centros de cultura artística: la Junta de Iconografía Nacional, la Academia de San Carlos, de Valencia, y el Patronato del Museo del Prado le llamaron a su seno, buscando en él valiosa cooperación. En ninguno de estos cargos su extraordinaria actividad permaneció ociosa; pero donde más se reveló fué en el Patronato del Museo del Prado, asistiendo asiduamente a sus Juntas, tomando parte en sus deliberaciones, coadyuvando con eficacia a la adquisición de alguna joya de pintura y dando otra nueva

serie de notables conferencias, que despertaron muy vivo interés por su documentado contenido.

Lamentable es que estas conferencias, pronunciadas en presencia de las magistrales obras de Rubens en nuestro Museo Nacional, hayan quedado también inéditas; pero de su importancia dan alguna idea dos folletos publicados en 1924 y 1925, que se pueden considerar como legítima secuela de aquéllas, toda vez que el autor califica el último de *Fragmentos de una conferencia*. En el primeramente publicado, y que titula *Retrato ecuestre del Duque de Lerma pintado por Rubens*, después de probar la existencia de este retrato, obra de la juventud del artista, que se consideraba perdida, y de identificarle en el que posee actualmente el conde de Valdelagrana, establece por primera vez las relaciones de este importante cuadro con dos dibujos atribuidos a Rubens, uno del Museo de Weimar y otro del Museo del Louvre, entre los cuales nadie tampoco hasta entonces había sospechado el parentesco que Boix establece, y del cual saca curiosísimas deducciones. En el publicado el año 1925 expone los motivos por que Rubens proyecta y hace grabar aquel magnífico retrato decorativo que dedica al Conde-Duque de Olivares; explica satisfactoriamente las frases de Pacheco, hasta entonces oscuras, referentes a la correspondencia que dice sostuvo Rubens con Velázquez antes de conocerle personalmente en su segundo viaje a España, y por medio de la copia existente en Florencia, mal atribuida a Velázquez, y por la estampa que de esta copia grabó Cosme Mogalli, da a conocer el desaparecido y famoso retrato que Rubens hizo al rey Felipe IV. Ambos estudios son, como se ve, producto de un espíritu práctico, lógico e investigador, que, amando las artes en alto grado, desea siempre hacer labor fecunda en su beneficio.

Es el mismo espíritu que hemos descubierto en toda la obra de Boix, y que aun hace un momento se nos mostraba patente en el discurso que acabamos de escuchar; por encima de aquellos románticos anhelos de desvanecer los prejuicios que existen contra la litografía como medio artístico de expresión, y del vehemente deseo de su resurgimiento en nuestra patria; sobre aquel magistral cuadro histórico de las vicisitudes por que pasó este arte en las más importantes naciones de Europa, y principalmente en Francia, patria adoptiva del maravilloso descubrimiento, quiere Boix destacar los motivos que le indujeron a elegir el tema de su disertación, cuales fueron: las investigaciones fructuosas llevadas por él a cabo respecto de las más antiguas producciones litográficas hechas por españoles, y la documentada reconstitución de la breve pero interesante historia del primer establecimiento litográfico español, dirigido por Cardano, cuya memoria estaba totalmente extinguida. Siempre labor práctica, fructífera, de amor al Arte y a la Patria.

Tal es, rápidamente trazado, el bosquejo de la saliente personalidad que en los dominios de las Bellas Artes conquistó nuestro nuevo compañero D. Félix Boix y Merino; tales los valores de su fértil inteligencia, los fines que se propuso en el cultivo de sus actividades y alguno de los sazonados frutos logrados por su ejercicio